

# erías de la modernidad



poética en virtud de la cual el artista como una suerte de contacto con la divinidad se derivaba de la escritura es presentada, pues, los sacerdotes son aquellos artistas que, al contacto divino, del éxtasis, conciben lo genial. El hecho de que en la modernidad, hace falta el cual debe afirmarse el

concepto tradicional de genio al autor como un alquimista vulgar lenguaje cotidiano, en su prosa, sobrevive el deseo del poeta moderno de lenguaje mediante la lírica. En esta idea, como demuestra Los conjurados (1985) en su texto: «Escribir un poema es un acto. El instrumento de esta labor es misterioso.»

En la labor literaria como algo místico, se deduce que en virtud del artista propio de la modernidad, la contaminación de la escritura radical división entre lo exclusivo y lo masivo, que las esferas jamás deben tocarse y de la parodia, cuyo rasgo esencial es la primacía de lo primero sobre lo segundo, no ha ingresado en la modernidad.

En el caso de Ardor: a Family Chronicle, núcleo temático primigenio que desarrolló la novela, asistimos a

la presentación de la concepción nabokoviana del tiempo, esa «dorada nostalgia» de la que hablaba Danilo Kis. La esencia de esa reflexión temporal es ese espacio -no olvidemos que el tratamiento moderno del tiempo impone su espacialización- donde brota la iluminación del pasado ajeno a todo devenir; ese presente que sólo existe como escenario para la percepción del pasado. Su tiempo es, pues, el tiempo detenido, el instante coagulado y en constante proceso de reconstrucción; su tiempo es ese tiempo baudeleriano que se espacializa en su esfuerzo por fijar el devenir.

Sin embargo, como ahora veremos, Nabokov no es un autor moderno en sentido pleno. Lo que hace de su modernidad una modernidad liminal, es que su prosa supone la subversión del programa moderno desde su interior. Es este rasgo el que hace de su obra un pasaje peculiar, exótico, alejado de toda dialéctica cultural: participa de lo que contribuye a asfixiar al tiempo que abomina de aquello que anticipa.

## Difuminaciones: la fragmentación del sujeto

La difuminación de los límites de la identidad individual es una de las notas características del discurso autogenerativo postmoderno que se piensa a sí mismo como una ruptura radical. A partir de este «corte definitivo» en el que creemos vivir, las fronteras del ser humano devienen lábiles y el sujeto no puede concebirse más que como un centro vacío atravesado por las miradas que lo construyen. A la pregunta ¿quién soy?, el sujeto instalado en la postmodernidad asiste angustiado a su absoluta incapacidad de respuesta, en tanto no es otra cosa que «un pasajero comprendido y transportado por metáfora», que depende de la capacidad simbólica de las miradas ajenas para abandonar el estado amorfo al que queda condenado por el despojamiento de toda cualidad intrínseca.

A este drama postcontemporáneo están dedicadas algunas de las mejores obras de Vladimir Nabokov. Así, por ejemplo, en Otchayan'e (1936) nos presenta a un aburrido comerciante de chocolates que, en los arrabales de Praga, descubre a un indigente dormido. Al observarlo cree ver su propia imagen, latente, en el tosco rostro del menesteroso. Este es el punto de partida de un cuidadoso plan, mediante el cual pretende matarse a sí mismo a través de la figura apócrifa de ese desdichado. La extinción de su imagen doble va asociada a la promesa de una existencia auténticamente feliz. Todo es ejecutado con una precisión matemática. Salvo un detalle: aquel pobre hombre al que encontró dormitando en las afueras de Praga no se parece en lo más mínimo a él. Con esta historia se trata de mostrar la pérdida total de la capacidad de autodefinición del individuo. Todo lo que uno cree ser, representar o proyectar, puede quedar absolutamente por el veredicto de la mirada ajena, única autoridad capacitada para decidir la conformación de las identidades.

Obras como la citada, o Soglyadataj (1930), así como buena parte de la producción de Jorge Luis Borges o incluso Alfred Hitchcock (por citar dos autores nacidos también en 1899, y que podemos adscribir a esa modernidad tardía o liminal), nos presentan la fragmentación de un sujeto que carece de una esencia más allá de las miradas que lo crean. El producto humano de la postmodernidad no es otra cosa distinta de esas vasijas griegas en cuyo interior, una vez consumido el líquido que contienen, se descubre un ojo: la mirada que lo habita.

**Íñigo F. Lomana**  
Filólogo y lic. En Ciencias de la  
Información.

Tomado de: **Espéculo: Revista de estudios literarios**. Madrid.